

DOMINGO VI DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10, 25-26.34-35.44-48): *Levántate, que soy un hombre como tú.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (1ª Juan 4, 7-10): *Amémonos unos a otros.*

Evangelio (Juan 15, 9-17): *A vosotros os llamo amigos.*

Hay una gran resistencia en nuestra sensibilidad religiosa para asumir al Dios de la sencillez y la naturalidad. Nuestra historia lo ha revestido de tanta solemnidad y pomposidad, al estilo de los grandes del mundo, lo ha rodeado de tanta corte y tanta altura de trono, que nos ha puesto las cosas difíciles para entender lo diferente que es en su actuación y para ver las formas sencillas en las que actúa.

Con el Espíritu del Padre, comprensivo como suelen ser los padres, y del Hijo que comparte la herencia con nosotros, y la naturalidad sencilla de su forma de actuar, nuestra comunidad volverá a ser la comunidad de los hermanos abiertos a todos, acogedores y comprensivos.

Es el Espíritu el que trabaja renovando la Iglesia para adaptarla a cada tiempo, lugar y cultura. Pero lo hace a través de nuestra imaginación y creatividad.

En las culturas antigua, también en las modernas, aunque se lo hemos dejado a los técnicos, a la burocracia política y a unos cuantos vivales, porque viven de eso, el proceso de búsqueda, reflexión y formulación de unos códigos era una carrera al sprint para encontrar una solución a los problemas que iban surgiendo y requerían una respuesta urgente para satisfacer necesidades de primer orden en el grupo, generalmente pequeño, en el que se vivía.

Quien era el responsable de cada grupo (entre los más antiguos contaban con el patriarca del clan familiar y el jefe de la tribu), andaba todo el día tratando de adelantarse a los problemas con los que el grupo se iba a encontrar e intentando tener prevista una solución. Inmediatamente formulaba una respuesta que era, también una exigencia, una tarea, para quien recogía esa función: Si el ganado no tiene agua, “*hay que buscarla*”. Si no hay pan, “*hay que cocerlo*”.

Por eso fueron surgiendo los códigos y sus formulaciones con sentido de pesadez y tarea para quien no estaba al tanto de la urgencia. Pero era la consecuencia de una sensibilidad amorosa, cuidadora, responsable, por arreglar la vida de su grupo, familia o clan, que sentía el responsable cariñoso de quien quería una buena vida para sus miembros y que hoy respondería a la pregunta de unos padres: **¿Cómo dar vida a mis hijos?**

Los mandamientos proceden, pues, del amor preocupado y responsable que busca, sin descanso, lo que van a necesitar los integrantes del grupo. Son un binomio inseparable que, hoy, no entienden muchos por la presión legalista de quienes se empeñan en hacer leyes y leyes, como si estas trajeran la solución a los problemas por sí mismas.

Las culturas legalistas de las religiones moralizantes han hecho un flaco favor a la humanidad vacunándolas contra la enfermedad obsesiva de recurrir a las normas asignándoles el poder taumático de la solución de todo. Pero su vacuna, la mayoría de las veces, ha sido peor que la enfermedad, porque nos han evitado pensar y buscar, seguros de la relación cumplimiento=felicidad.

Jesús, aunque rodeado de “fariseos” como nosotros, no cayó nunca en esa tentación legalista; mantuvo muy claro que en el fondo de las tareas hay una motivación de la obligación que no descansa en el concepto del deber por el deber ni en la tiranía de la ley, sino en el corazón lleno de ternura y responsabilidad que busca el bien de todos. Por eso puede decir abiertamente que guardemos sus mandamientos, porque el fondo que los constituye y fundamenta no es el poder, ni siquiera la autoridad, sino el amor responsable de quien se siente cuidador de los demás.

Dios, como el amor, es relación. No podemos decirlo, solo podemos vivirlo y expresarlo en la relación preocupada por los otros a quienes se pretende dar, proteger y promover vida. Mandó a su Hijo para que vivamos, y eso hace que el gran centro de la experiencia religiosa sea la vida que, con Él, eleva los niveles de esperanza hasta lo inesperado y ahonda el significado del sentido hasta los abismos más profundos de nuestra realidad.

La sencillez de Dios en su relación con su creación y, especialmente, con nosotros es tan sencilla y natural que parece a esas personas que nunca se ven pero su mano se nota en todo, más aún cuando no están. No debemos romper esa forma de relacionarse, pero podemos ayudar a que algunos se limpien las gafas y consigan percibir los signos de su amor, presente en todas partes.